

1

La noche antes del sepelio de Virgil Duffy, una tormenta asoló la bahía de Puget Sound. Pero a la mañana siguiente ya habían desaparecido las nubes grises, dejando en su lugar una impresionante vista de la bahía de Elliott y la silueta de la ciudad de Seattle. Los rayos de sol caían sobre la propiedad que el difunto había poseído en la Isla Bainbridge y atravesaban los altos ventanales.

Algunos de los asistentes a las exequias se preguntaron si sería él quien estuviera controlando el cambiante tiempo de abril desde las alturas; otros, si habría llegado a manejar a su joven esposa; pero lo que intrigaba a la mayoría es qué iba a hacer ésta con la fortuna y el equipo de hockey de la NHL que acababa de heredar.

Tyson Savage también se lo preguntaba. El susurro de voces que flotaba en el vestíbulo ahogó el repique de sus zapatos Hugo Boss sobre el suelo de parquet mientras se dirigía hacia el lugar donde la familia recibía el pésame. Tenía el mal presentimiento de que la viuda Duffy iba a estropearle cualquier posibilidad de alzarse con la Stanley Cup. Y aquel mal

agüero le hizo sentir una opresión en el cuello que le obligó a aflojarse el apretado nudo de la corbata.

Atravesó las puertas y entró en una sala que apestaba a madera recién encerada y dinero antiguo. Divisó a algunos de sus compañeros de equipo, trajeados y repeinados; parecían un poco incómodos al tener que alternar con la élite de Seattle. El defensa Sam Leclair lucía un ojo morado después de que en el partido de la semana anterior, contra los Avalanche, hubiera cometido una infracción castigada con cinco minutos de penalización. No es que tuviera nada en contra del chico, de hecho él mismo tenía fama de tirar los guantes a la mínima provocación, pero, a diferencia de Sam, no perdía el control. Sin embargo, teniendo en cuenta que sólo faltaban tres días para que tuviera lugar el primer partido de los *playoffs*, era un milagro que las magulladuras no fueran mucho peores.

Se detuvo en el umbral y barrió la estancia con la mirada hasta detenerla en la viuda de Virgil, que estaba bajo los rayos de sol que atravesaban el ventanal. Aunque el astro rey no hiciera brillar su larga melena rubia, la señora Duffy hubiera destacado entre los que la rodeaban. Llevaba un vestido negro de mangas tres cuartos y la falda por encima de las rodillas. Era una prenda sencilla; tan sencilla que era un misterio que lograra que su cuerpo resultara tan increíble.

No conocía personalmente a la señora Duffy. La había visto por primera vez pocas horas antes, en el funeral que se ofició en la iglesia de St. James. Sin embargo, había oído hablar de ella. Todo el mundo conocía la historia del millonario y la conejita de *Playboy*. Hacía años, había escuchado que la viuda se enredó con el viejo ricachón después de trabajar de *stripper* en Las Vegas. Según los rumores, una noche que se contoneaba sobre sus tacones, el mismísimo Hugh Hefner, fundador de *Playboy*, entró en el local para disfrutar del espec-

táculo y la contrató al instante para la revista. Doce meses después era «*Playmate* del Año». No sabía cómo había conocido a Virgil, pero en realidad no importaba. El viejo había muerto y el equipo había pasado a manos de una cazafortunas. Una putada.

Lo que se rumoreaba en el vestuario del Key Arena era que a Virgil le había dado un infarto cuando intentaba satisfacer en la cama a su joven esposa. El comentario era que al viejo le había reventado el corazón pero que lucía una inmensa sonrisa de satisfacción en la cara. El encargado de pompas fúnebres no había podido borrarla y Duffy entró en el horno crematorio empalmado y feliz.

Ty hacía oídos sordos a los rumores, a él le importaban las personas; lo que hacían y a quiénes se lo hacían. Si eran buenas, malas, o todo lo contrario. Por lo menos así había sido hasta entonces.

Había firmado un contrato con los Seattle Chinooks hacía tres meses. En parte por el dinero que el viejo le ofreció, pero sobre todo por que se convertiría en el capitán y tendría la posibilidad de luchar por la Stanley Cup. Tanto Virgil como él querían ese trofeo, aunque sus razones eran diferentes. Virgil la deseaba para probar algo a sus colegas millonarios. Él, en cambio, pretendía demostrar una sola cosa al mundo: que era mejor que su padre, el gran Pavel Savage. La Stanley era lo único que aún les faltaba a los dos, pero sólo él tenía posibilidades de alcanzarla. O al menos las había tenido hasta los *playoffs*, cuando Duffy la palmó legando el equipo a una espi-gada y rubia conejita. De pronto, su oportunidad de conseguir el trofeo más importante de la NHL estaba en manos de una mujer objeto.

—¡Hola, *Santo!* —gritó Daniel Holstrom cuando se acercó. Le habían puesto el apodo de «Santo» durante su primer

año en la NHL, después de una noche especialmente salvaje tras la que estaba hecho polvo al día siguiente. Cuando el entrenador le sentó en el banquillo, alegó que tenía gripe.

—Eres igual que tu padre —dijo el *mister*, meneando la cabeza con repugnancia—. Un maldito santo.

Desde entonces, había intentado borrar esa fama sin conseguirlo.

Miró a su compañero de equipo a los ojos por encima del hombro de su chaqueta azul marino.

—¿Qué tal?

—Bien. ¿Has presentado tus condolencias a la señora Duffy?

—Todavía no.

—¿Crees realmente que Virgil la palmó cuando estaba tirándose? ¿Cuántos años tenía? ¿Noventa?

—Ochenta y uno.

—¿Y aún se te levanta cuando llegas a los ochenta y uno?

—Daniel meneó la cabeza—. Sam dice que está tan buena que podría resucitar a un muerto, pero, francamente, dudo mucho que pueda hacer milagros con un aparato tan viejo. —Hizo una pausa para estudiar a la joven viuda como si le costara tomar una decisión al respecto—. Sí que está buenísima, sí.

—Es probable que Virgil buscara ayuda en cierta pastilla, ¿no crees? —Su propio padre estaba a punto de cumplir sesenta y tenía una vida sexual que ya la quisiera un adolescente, o por lo menos se jactaba de ello. El Viagra había hecho una buena labor devolviendo la sexualidad a muchos hombres.

—Eso es cierto. ¿Acaso no ha cumplido Hefner ya los ochenta y sigue manteniendo relaciones sexuales?

O de eso presumía.

Se desabotonó la chaqueta.

—Nos vemos luego —se despidió antes de desaparecer entre la gente.

Había algunas personas tan viejas como la mugre y otras que aún mostraban acné; éstas últimas se habían apartado y susurraban en un rincón. Caminó directamente hacia la impresionante señora Duffy, saludando a los compañeros que se encontró en el trayecto y que se mostraban impecables, y algo más civilizados que de costumbre, bajo aquellos trajes de diseño.

Finalmente, se detuvo ante ella y le tendió la mano.

—Lamento su pérdida.

—Gracias. —La vio fruncir el ceño antes de alzar unos enormes ojos verdes hacia él. Era aún más hermosa de cerca y aparentaba menos edad. Le estrechó la mano; su piel era suave y tenía los dedos un poco fríos—. Usted es el capitán del equipo de hockey de Virgil... Siempre me hablaba muy bien de usted.

Ahora el equipo le pertenecía a ella e iba a especular con él. Corrían rumores de que iba a venderlo. Esperaba que fuera cierto y que ocurriera pronto.

Él dejó caer la mano.

—Virgil era un gran tipo. —Una expresión que resultaba un poco ambigua, como bien sabía todo el mundo. Al igual que casi todos los millonarios acostumbrados a salirse con la suya, Virgil podía ser un auténtico hijo de puta, pero él se había llevado bien con el viejo porque tenían la misma meta—. Disfruté mucho de las charlas que mantuvimos sobre hockey. —Puede que el dueño tuviera ochenta y un años, pero poseía una mente despierta y sabía más de aquel deporte que muchos de sus jugadores.

Ella curvó por completo aquellos labios hechos para besar.

—Sí. Le encantaba.

Notó que la joven llevaba muy poco maquillaje. Le sorprendió, dada su anterior ocupación. Jamás había conocido a una *playmate* a la que no le gustara ir pintarrajeada como una mona.

—Si hay algo que yo, o mis compañeros, podamos hacer por usted, hágamelo saber —se ofreció con poca sinceridad. Sin embargo, como capitán del equipo era lo que debía hacer.

—Gracias.

El único hijo de Virgil dio un paso al frente y susurró algo al oído de la viuda. Conocía a Landon Duffy de otras ocasiones y no podía decir que le cayera demasiado bien. Era tan cruel y despótico como Virgil, pero carecía del encanto que había conducido a éste al éxito.

La sonrisa de la viuda se esfumó y tensó los hombros. Una expresión de cólera hizo llamear sus ojos verdes.

—Gracias por venir, señor Savage. —Como casi todos los americanos, había pronunciado mal su nombre. No se decía como salvaje en inglés, sino que era una palabra francesa, alargando la segunda «a».

La observó darse la vuelta y alejarse mientras se preguntaba qué le habría dicho Landon. Era evidente que, fuera lo que fuese, no le había gustado. Deslizó la mirada desde el espeso pelo rubio hasta las redondeadas y respingonas nalgas, remarcadas por el sencillo vestido negro que, en realidad, hacía que ella pareciera cualquier cosa menos sencilla. Se preguntó si el hijo de Virgil habría hecho alguna proposición a su madrastra. No es que le importara, tenía cosas más importantes en las que pensar. Por ejemplo, en el partido que tendría lugar el jueves en Vancouver, donde se enfrentarían a los gemelos Sedin en el primero de los encuentros de los *playoffs*.

Sólo tres meses atrás, él había sido el capitán de los Canucks y conocía demasiado bien a los gemelos suecos como

para menospreciarlos. Cuando estaban sobre la pista eran la peor pesadilla de un defensa.

—¿Has visto las fotografías?

Dejó de mirar el trasero de la viuda para clavar los ojos en su compañero de equipo, el siempre problemático Sam Leclair.

—No. —Era innecesario preguntar qué fotografías. Sabía a cuáles se refería, pero él jamás había sentido el suficiente interés como para buscarlas.

—Sus tetas son de verdad. Y no es que las haya visto —añadió con un susurro. Intentaba aparentar una expresión de inocencia, pero el ojo morado impedía que lo consiguiera.

—Claro que no.

—¿Crees que conseguiría que nos inviten a la mansión de Playboy?

—Nos vemos mañana —se despidió Ty con una sonrisa antes de dirigirse hacia la salida. Cuando atravesó las enormes puertas de la mansión de ladrillo, la fría brisa le dio en la cara. Se detuvo a abrochase el botón de la chaqueta y el sonido de la voz de la viuda de Duffy flotó en el aire.

—Claro que quiero verte —decía—. Aunque ahora es un mal momento.

Giró la cabeza y la miró. Estaba a sólo unos metros, de espaldas a él.

—Sabes que te quiero. No, no quiero discutir —negó con la cabeza y la melena se onduló sobre su espalda—. Ahora mismo me resulta imposible, pero nos veremos pronto.

Se alejó por un lateral de la casa y él continuó bajando las escaleras. No le sorprendía que la señora Duffy tuviera lo que parecía ser un amante bien dispuesto. Por supuesto que lo tenía, había estado casada con un anciano. Un viejo que acababa de regalarle un equipo de hockey.

No le gustaba pensar en aquello que podría echar a perder sus posibilidades de alzarse con el título, pero obviamente era algo que jamás se le iba de la cabeza. Virgil no podría haber muerto en peor momento... Cualquier tipo de incertidumbre afectaba a los jugadores, pero no saber quién iba a comprar el equipo, ni qué intenciones tendría el nuevo dueño, era una incógnita que pendía sobre sus cabezas como la espada de Damocles. Aunque casi peor que esa inseguridad era pensar que su propietaria era una artista de *striptease* que, por un giro del destino, había acabado siendo una mujer objeto. Aquello era suficiente como para que la sensación que tenía en el cuello se hiciera todavía más fuerte.

Mientras se acercaba a su BMW negro, expulsó de su mente todo salvo su última obsesión. Se olvidó de la viuda de Virgil, de la inminente compra del equipo y del siguiente partido. No iba a preocuparse por nada de eso en las próximas horas.

Durante la mayor parte de su vida había intentado reprimir su salvaje impulsividad, propia de los Savage, pues sabía que podía meterle en problemas; pero tenía ciertas debilidades y a veces se dejaba llevar por ellas, como cuando se entregaba a la pasión que sentía por los coches de lujo.

Se deslizó en el interior de cuero del M6. El ronroneo del motor V10, con su cilindrada de cinco litros, le hizo hormiguear la piel mientras se ponía las Ray-Ban de aviador sobre el puente de la nariz. Las lentes protegieron sus ojos del brillante sol mientras salía de la propiedad en dirección a Paulsbo. Luego hizo rugir a tope los quinientos caballos y tomó el camino hacia su casa.

Faith Duffy cerró el móvil y atravesó despacio el cuidado césped verde esmeralda que se extendía entre setos y chispeantes fuentes. Lo último que necesitaba en ese momento, en el que su vida se tambaleaba de manera espeluznante, era que la visitara su madre. Valerie Augustine siempre había sido un enorme agujero negro emocional en su vida.

Paseó la mirada por las congestionadas aguas de la bahía de Elliott mientras cruzaba los brazos y encogía los hombros para protegerse de la fría brisa que le revolvía el pelo. La noche anterior había soñado que volvía a trabajar en «Afródita». Su larga melena rubia se movía al ritmo de *Slice of your pie* de Mötley Crüe, que retumbaba en el club de striptease a través de los altavoces. En el sueño, un rosado rayo láser le acuchillaba las largas piernas y las plataformas de doce centímetros mientras se pasaba las manos por el vientre plano. Luego las bajaba hacia la entrepierna, deslizándolas por debajo de la diminuta minifalda de cuadros, hasta que alcanzaba la silla que tenía entre los muslos desnudos.

Odiaba esa pesadilla. Odiaba el pánico y el nudo de pavor que siempre se le formaba en el estómago. Hacía años que no lo tenía, pero siempre era igual. Siempre se ladeaba en la silla, arqueaba la espalda e inclinaba la cabeza lentamente hacia el público al tiempo que se desabrochaba los botones de la diminuta blusa blanca. La luz rosada se concentraba en ella mientras se balanceaba en el asiento y deslizaba un pie bajo la silla, justo cuando sus grandes pechos se escapaban de la blusa y amenazaban con derramarse del pequeño sujetador rojo de lentejuelas. Como siempre, los hombres rodeaban el borde del escenario y la observaban con miradas lascivas y bocas babeantes.

—¡Layla! ¡Layla! —coreaban su nombre artístico mientras le metían billetes donde podían.

En aquel sueño, una sonrisa de «sé que me deseas» curvaba sus labios mientras Vince Neil y sus chicos llegaban a esa parte de la canción en la que se referían a una dulce boca y otro trozo de tarta. En el interior de ese club de caballeros, a tres manzanas del *Strip* de Las Vegas, ella ponía las manos en el suelo por delante de su cabeza y ejecutaba una pirueta perfecta hasta incorporarse y plantarse en mitad del escenario con los pies separados la anchura de los hombros. A continuación, lanzaba la blusa a un lado y contoneaba las caderas antes de doblar la cintura. Luego deslizaba la minifalda a cuadros por los muslos y piernas y se quedaba con un tanga rojo a juego con el sujetador. El rítmico sonido de los bajos, y la batería de la canción, hacía retumbar el escenario bajo las plataformas que llevaba en los pies mientras se convertía en el objeto de deseo de aquellos hombres, hipnotizándolos con sus movimientos para que rebuscaran en la cartera y le entregaran sus billetes.

El sueño siempre terminaba igual. El dinero se evaporaba en el aire y ella se despertaba jadeante, con el pecho palpitando por la ansiedad y casi sin aliento. Y, como siempre, volvía a sentirse una niña indefensa, sola y aterrada.

Las mujeres que proclamaban que preferían morir de hambre a hacer *striptease* probablemente nunca hubieran pasado ese tipo de necesidad. Nunca habrían tenido que comer perritos calientes todos los días de la semana porque eran baratos. Jamás habrían soñado con mesas llenas de *BigMacs*, patatas fritas y flaneras rebosantes de *crème brûlée*.

Faith giró la cabeza para que la brisa le diera en la cara y aspiró profundamente. Debía regresar al interior. Era una descortesía descuidar a los amigos de Virgil durante los pésames, aunque, de todas formas, a la mayoría de ellos ni siquiera les caía bien. Y en lo que a su familia política concernía... Bien,

podían irse todos al infierno. Todos y cada uno de ellos. Ni siquiera ese día, el del entierro de Virgil, eran capaces de olvidar las amarguras.

Virgil había muerto. Todavía no podía creerlo. Hacía tan solo una semana que le había estado contando historias sobre las asombrosas cosas que había hecho a lo largo de su vida. Y ahora...

Ahora se sentía muy sola. Era como si haber enterrado a su marido, el mejor amigo que tenía, le hubiera dejado el alma en carne viva. Sabía que había muchas personas a las que no les gustaba; a lo largo de sus ochenta y un años se había creado bastantes enemigos, pero siempre fue bueno con ella. En especial cuando no había sido buena consigo misma.

Incluso se había preocupado por lo que sería de ella después de su muerte. A pesar de haber legado importantes sumas de dinero a diversas obras de caridad y muchos millones de dólares a su único hijo, Landon, a sus tres nietos y a sus ocho bisnietos, a ella le había dejado el lujoso apartamento del ático en Seattle, cincuenta millones en el banco y el equipo de hockey. Una sonrisa curvó sus labios al pensar en cómo habría recibido aquella noticia la familia. Estaba segura de que todos pensaban que había conspirado en secreto, elaborando planes para apropiarse de todo ese patrimonio; que había intercambiado favores sexuales para quedarse con el equipo de hockey. Pero lo cierto era que su marido siempre supo que no le importaban los Chinooks. No era aficionada a los deportes y se había quedado tan sorprendida como los demás cuando se enteró de que Virgil le había legado el equipo. Sospechaba que lo había hecho porque Landon no había guardado precisamente en secreto el hecho que esperaba ser el dueño. Y una vez que poseyera a los Chinooks, el palco quedaría vedado para ella. Algo que,

desde luego, no habría supuesto ningún problema; no le interesaba el hockey. De acuerdo, había asistido a un montón de partidos con su marido, pero no se había fijado en lo que pasaba en la pista de hielo. Había permanecido todo el tiempo mirando con los binoculares los horribles trajes y el comportamiento idiota de los borrachos de los asientos inferiores.

A diferencia de ella, Landon sí era aficionado a los deportes y llevaba años contando los días que le faltaban para poseer a los Chinooks. Ser el propietario de un equipo era señal de abundancia extrema. Significaba el ingreso automático en un exclusivo club de ricachones, y Landon anhelaba conseguirlo, algo que su padre le había negado.

Puede que Landon hubiera sido el único hijo de Virgil, pero se despreciaban mutuamente. Su hijastro nunca había tratado de ocultar que desaprobaba la vida que llevaba su padre ni que odiaba a muerte a su quinta esposa, que no era otra que ella misma.

Recorrió el alfombrado pasillo de la planta superior y entró en las habitaciones que había compartido con Virgil. Varios empleados de una compañía de mudanzas metían en cajas sus pertenencias mientras un abogado de Landon vigilaba sus movimientos; quería asegurarse de que no se llevaba nada que no le perteneciera. Ignoró a todos los presentes y rozó con la mano el respaldo del sofá de piel que solía usar su marido. El asiento estaba hundido después de los años y las gafas de leer todavía reposaban sobre la mesa, encima del libro que leía la noche que murió. Dickens, porque Virgil sentía mucha afinidad con *David Copperfield*.

Aquella noche, sólo cinco días antes, había estado sentada en aquel sofá, a su lado, disfrutando de una reposición del concurso de cocina *Top Chef*. Mientras en la pantalla, el pre-

sentador, Padma, decidía cuál era la mejor *amuse-bouche*, Virgil jadeó. Ella le miró.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—No. —Dejó a un lado las lentes progresivas y el libro para llevarse la mano al centro del pecho—. Creo que me voy a acostar.

Faith apretó el botón del mando a distancia y apagó la tele, pero antes de que pudiera levantarse para ayudarle, él se desplomó sin aliento y la mano que tenía apretada contra el esternón cayó floja sobre su regazo.

El resto de la noche había sido un borrón. Recordaba que había gritado su nombre y acunado su cabeza contra el pecho mientras hablaba con la telefonista del 911; que él estaba tumbado en el suelo boca arriba y la miraba a la cara en el instante en que el alma abandonó su cuerpo. Lloró y le rogó que no se muriera. Le había suplicado que esperara, pero no pudo hacerlo.

Todo había ocurrido muy rápidamente. Cuando llegaron los paramédicos, Virgil ya estaba muerto. Su familia, en lugar de agradecer que no hubiera estado solo, la odió todavía más por haber estado allí al final.

Faith entró en el dormitorio y tomó la maleta Louis Vuitton, en la que ya había guardado alguna ropa y las joyas que Virgil le había regalado a lo largo de sus cinco años de matrimonio.

—Tengo que revisar eso —exigió el abogado de Landon tras seguirla al interior de la estancia.

Ella también había hablado con sus propios abogados.

—Necesitará una autorización. —Él no intentó detenerla cuando le rozó al pasar a su lado. Había tratado con algunos hombres realmente espeluznantes como para sentirse intimidada por uno de los matones de su hijastro. Antes de aban-

donar el que había sido su dormitorio, rescató su abrigo negro de Valentino. Introdujo el ejemplar de *David Copperfield* en su bolso de Hermés y se dirigió hacia la salida de la casa. Podría haberse ido por la puerta de atrás, utilizando la escalera del servicio, para evitar toparse con la familia de Virgil, pero no pensaba darles esa satisfacción. No tenía intención de escabullirse como un ladrón cuando no había hecho nada malo. Una vez en lo alto de las escaleras, se puso el abrigo y sonrió al recordar la eterna discusión con su marido: él siempre quería que se pusiera el visón o el zorro plateado, pero ella no se sentía cómoda con las pieles. Ni siquiera después de que Virgil argumentara que era una hipócrita porque no le importaba ponerse prendas de cuero. Era cierto, le encantaba el cuero, aunque se controlaba y no lo usaba todo lo que le gustaría. Se trataba tan solo de una cuestión de buen gusto y moderación, algo que su madre, sin ir más lejos, todavía no dominaba.

Mantuvo la sonrisa en la cara mientras bajaba la escalera curva. Se despidió de los pocos amigos de su marido que habían sido amables con ella y atravesó la puerta principal.

El futuro se extendía ante ella. Tenía treinta años y podía hacer lo que le diera la gana; lo mismo ir a la universidad que pasar un año sabático, tendida en la playa de algún lugar paradisíaco.

Lanzó una última mirada a la mansión de ladrillo de tres pisos donde había vivido con Virgil durante los cinco años que duró su matrimonio. Había sido una buena época. Él se había encargado de ella y, por primera vez en su vida, no tuvo que preocuparse de nada. Pudo relajarse. Respirar y divertirse sin estar pendiente de cómo sobrevivir.

—Adiós —susurró, y dirigió la punta de sus zapatos hacia el futuro. Los altos tacones repicaron en los escalones en su

descenso al garaje, donde la esperaba su Bentley Continental GT. Virgil se lo había regalado por su trigésimo cumpleaños el septiembre pasado. Lanzó la Louis Vuiton al maletero y se subió al vehículo. Si se daba prisa, podría alcanzar el transbordador a Seattle de las seis y media.

Mientras atravesaba los portones se preguntó una vez más qué haría. Aparte de las escasas obras benéficas a las que prestaba su tiempo, nadie la necesitaba. Y aunque era cierto que Virgil la había cuidado, ella también se había ocupado de él.

Sacó las gafas de sol del bolso y se las puso.

¿Qué demonios iba a hacer con un equipo de hockey y aquellos jugadores tan brutales? Había conocido a algunos de ellos en la fiesta de Navidad. Recordaba que su marido le había presentado a un ruso enorme llamado Vlad, a un joven sueco que respondía al nombre de Daniel y a otro tipo, Sam, que llevaba la cara siempre amoratada. Pero no los conocía en realidad. Para ella sólo eran algunos de los veinte hombres que jugaban en los Chinooks y a los que, por lo que había podido observar, sólo les gustaba pegarse y escupir.

Lo mejor sería vender el equipo. Lo sabía. Tenía muy claro lo que pensaban de ella, no era estúpida. Pensaban que era la típica rubia tonta, una mujer objeto. Un caramelo del brazo de Virgil. Probablemente conocían su pasado como chica *Playboy*; no le preocupaba. No se avergonzaba de las fotografías. Entonces tenía veinticuatro años y necesitaba el dinero. Gracias a ellas consiguió salir del infierno al que se había visto sometida y conocer a gente nueva, disfrutar de nuevas oportunidades. Una de ellas había sido Virgil.

Frenó el Bentley al llegar a la señal de stop y miró a ambos lados; luego se incorporó a la carretera.

Estaba acostumbrada a que los hombres la miraran. A que la catalogaran por el tamaño de sus pechos y que asumieran

que era estúpida, ligera de cascos o ambas cosas a la vez. Estaba acostumbrada a que la gente la juzgara por su profesión o porque se había casado con un hombre que le llevaba cincuenta años, pero realmente no le importaba lo que nadie pensara. Había dejado de importarle hacía mucho tiempo, cuando todo el mundo pasó de largo al verla sentada frente al *Lucky Lady* o al *Kit Kat Topless Lounge* esperando a que su madre saliera de trabajar.

La única bendición que le tocó al nacer fueron una cara y un cuerpo de infarto, y les había sacado provecho. La gente pensaba que eso le daba armas para lastimarla, pero nunca le había otorgado a nadie esa clase de poder. Salvo a Virgil. A pesar de todos sus defectos, jamás la había tratado como a una rubia tonta, ni como si no valiera nada. Había sido su mujer objeto, ¿para qué negarlo? La utilizó para satisfacer su enorme ego, igual que al equipo de hockey; algo que poseía y que provocaba la envidia de todo el mundo. Pero no le importó. En absoluto. Virgil la trató con bondad y respeto y le proporcionó lo que más necesitaba: seguridad. Una clase de seguridad que nunca había conocido y, durante cinco años, consiguió vivir en una burbuja. Ahora había explotado y tenía la impresión de que estaba precipitándose en caída libre, aunque Virgil se aseguró de que tuviera un aterrizaje lo más suave posible.

Pensó en Ty Savage y en lo que le había dicho en tono despectivo con aquella voz profunda, refiriéndose a Virgil: «Disfruté mucho de las charlas que mantuve sobre hockey».

Había conocido a muchos hombres guapos en su vida. Había salido con unos cuantos tipos como Ty, cuya apariencia te hacía contener el aliento y perder la cabeza. Sus ojos azules eran un poco más claros alrededor de las pupilas, como si tuvieran pequeñas llamas. Un mechón de pelo oscuro le caía

sobre la frente y algunos rizos sobre las orejas y la nuca. Era alto y fuerte como un tanque, pero demasiado volátil para su gusto. Quizá fuera la testosterona, que exudaba como un vapor tóxico, o tal vez la cicatriz de la barbilla lo que le hacía parecer tan peligroso. A pesar de no ser más que una fina línea blanquecina, aquella marca le resultaba más espeluznante que el ojo morado de Sam.

Pensó en su enorme y cálida mano, y en lo firme que le había resultado cuando le ofreció su ayuda. Como casi todos los hombres que había conocido, Ty Savage decía lo adecuado, pero eso no era lo que pensaba en realidad. Rara vez lo era. Virgil había sido el único que mantuvo sus promesas. Jamás le había mentado, ni siquiera cuando hubiera sido lo más fácil. Le había mostrado una manera de ver la vida muy distinta a lo que ella había conocido hasta entonces. Siempre se había sentido a salvo y feliz con él. Y, aunque sólo fuera por eso, le amaría y le extrañaría siempre.